

— ¡Que intenten morir de otro modo!, interrumpió Tigelino.
 Petronio replicó:
 — Os engañáis; ¡ellos se arman!
 — ¿De qué?
 — ¡De paciencia!
 — Es un arma de nueva invención.
 — ¡Es verdad! Pero ¿podréis decir que mueren como delincuentes vulgares? ¡No!
 Mueren como si los delincuentes fueran sus jueces, esto es, nosotros y todo el pueblo romano.
 — ¡Qué locura!, exclamó Tigelino.
 — *Hic abderal*, repuso Petronio.
 Otros, sorprendidos de la exactitud de aquellas palabras, se miraron estupefactos y respondieron:
 — ¡Sí, en su muerte hay algo extraño!
 — ¡Os digo que ven á su Dios!, contestó Vestinio.
 Un grupo de cortesanos se dirigió á Quilón, diciendo:
 — ¡Anciano! Tú que los conoces, dínos: ¿qué es lo que ven?
 El griego, vertiendo el vino sobre su túnica, respondió:
 — ¡La resurrección!
 Y se puso á temblar con tanta violencia, que cuantos le rodeaban prorrumpieron en estrepitosas carcajadas.

LIX

Hacía algunas noches que Vinicio no dormía en casa de Petronio. Éste suponía que su sobrino estaba ideando algún proyecto para libertar á Licia de la cárcel del Esquilino; pero no quería mezclarse en el asunto por temor de que su ingerencia fuese causa accidental de un funesto resultado. Aquel espíritu esencialmente escéptico parecía en cierto modo haberse vuelto algo supersticioso. No habiendo logrado la liberación de Licia de la cárcel Mamertina, dejó de creer en su buena estrella.

Además, los proyectos del sobrino le parecían irrealizables. La cárcel del Esquilino, construída con gran precipitación sobre las ruinas de aquellas casas derribadas para impedir la propagación del incendio, no era tan espantosa como el antiguo Tuliano; pero en cambio la vigilancia que allí se ejercía era mucho más severa. Petronio comprendía que el traslado de Licia á la nueva cárcel obedecía al deseo de que no muriese tan pronto, á fin de reservarla para un espectáculo del Anfiteatro, por lo cual la desgraciada joven sería vigilada con extremado rigor.

«Claro está, decía entre sí, que César y Tigelino habrán ideado para ella un espectáculo que obscurecerá á cuantos se han celebrado hasta ahora. Es más fácil para Vinicio perderse él mismo que salvar á Licia.»

También el joven guerrero había perdido la esperanza de salvarla. ¡Sólo Cristo podía hacerlo! Su único anhelo era visitar á su esposa en la prisión.

Fijo en la idea de que Nazario había logrado entrar en la cárcel como sepulturero, decidió seguir el mismo camino.

El inspector de las cloacas, sobornado de antemano con una enorme suma, lo tomó como uno de los empleados que entraban todas las noches en la cárcel para recoger los cadáveres. No había gran peligro de que el tribuno fuese reconocido; la noche, el traje de esclavo y la escasa luz de la prisión le protegían suficientemente. ¿A quién podía ocurrírsele que un patricio, un hijo y sobrino de cónsules, se uniese á los sepultureros para exponerse á los miasmas de las cloacas y de la cárcel? De este modo se dedicaba á un oficio al que sólo arrastraban la esclavitud ó una gran necesidad.

Cuando llegó la noche, Vinicio se envolvió en una túnica, y con la cabeza cubierta con un lienzo embebido en trementina, se dirigió temblando, en compañía de otros esclavos, al Esquilino.

Los pretorianos no opusieron objeción, pues todos presentaron sus contraseñas, que el centurión examinó á la luz de una linterna. Se abrió la puerta de hierro y entraron los esclavos.

Vinicio se encontró en una especie de cueva alta y vastísima, desde donde pasó á un subterráneo que reunía iguales condiciones. Una luz débil é incierta iluminaba aquella estancia donde estaban aglomerados los prisioneros: algunos ya-

cían, dormidos ó quizá muertos, junto á las paredes; otros rodeaban los grandes recipientes de agua, bebiendo para apagar la ardiente sed que los consumía; otros, por último, estaban acurrucados con los codos sobre las rodillas y oprimiéndose la cabeza con las manos.

Acá y allá niños adormecidos pendían del seno materno; los gemidos, la respiración fatigosa de los enfermos, los sollozos, el leve murmullo de las plegarias, el canto pausado y bajo de los himnos, las invectivas de los carceleros, producían un ruido confuso y ensordecedor. El hedor de los cadáveres apestaba la atmósfera. En el fondo obscuro hormigueaban negras figuras; junto á la luz vacilante distinguíanse rostros pálidos, macilentos, casi de esqueleto, con los ojos tristes y febriles, los labios amarillos, las frentes bañadas en sudor. De los ángulos más remotos salían dolorosos lamentos de enfermos; aquí uno pedía una gota de agua, allí otros suplicaban que se les llevase pronto á la muerte.

¡Y sin embargo, aquella prisión no era tan terrible como la del Tuliano!

Vinicio sentía que le faltaban las fuerzas, y la respiración se le hacía cada vez más difícil. ¡Y allí estaba Licia! Se le erizaron los cabellos y apenas pudo reprimir un grito de desesperación. El anfiteatro, los dientes de las fieras, la cruz, todo..., todo mejor que aquella horrible cárcel, donde reinaba incesantemente el grito de «¡Conducidnos á la muerte!»

Vinicio se mordió los labios para no ceder á la debilidad que se iba apoderando de su espíritu. Todo cuanto había sufrido hasta entonces, su amor y sus tormentos, se unieron en un solo y ardiente deseo: ¡el de morir!

En aquel instante preguntó el inspector:

— ¿Cuántos cadáveres tenéis?

— Cerca de una docena, contestó el carcelero; mañana habrá más, porque muchos están agonizando.

Y empezó á quejarse de las mujeres, que escondían á sus hijos muertos para no separarse de ellos, para no dejar que los enterrasen en las fosas comunes.

— Tenemos que descubrir los cadáveres por el hedor que despiden y que infesta cada vez más la atmósfera ya corrompida. Preferiría ser esclavo en una galera á vigilar á estos perros putrefactos.

El inspector consoló al carcelero, asegurándole que su propio cargo no era mucho más agradable.

Vinicio, recobrando su sangre fría, se puso á buscar y sondear en aquel subterráneo. Pero no distinguiendo á Licia en ningún rincón, empezaba á perder la esperanza de encontrarla. Los sótanos se comunicaban por algunos pasillos, pero los sepultureros no entraban más que en los departamentos donde yacían los cadáveres.

Vinicio temía que todos sus trabajos hubiesen resultado infructuosos, cuando vino á ayudarle su jefe, diciéndole:

— Los miasmas de los muertos producen el contagio. Debéis sacarlos ó morir con los prisioneros.

— No somos más que diez y hemos de dormir, interrumpió el carcelero.

— Dejaré aquí cuatro hombres de los míos, que durante la noche buscarán los cadáveres.

— Mañana beberemos juntos, si lo haces así. Todos deben ser examinados minuciosamente, pues tenemos la orden de hacer un corte en el cuello de cada uno antes de echarlo en la fosa.

— ¡Está bien! Beberemos juntos, respondió el otro.

Fueron escogidos cuatro hombres, entre los cuales se hallaba Vinicio; los otros se encargaron de llevar los cadáveres en los ataúdes.

Vinicio se tranquilizó, porque estaba seguro de encontrar á Licia. Ante todo buscó detenidamente en el primer subterráneo, no dejando de registrar ni el más insignificante rincón, examinando uno á uno á todos los dormidos, envueltos en andrajosos mantos; se fijó en los enfermos graves, que estaban reunidos en un ángulo destinado á ellos; pero en ningún subterráneo encontró á Licia.

Entretanto la noche avanzaba y muchos cadáveres habían sido conducidos fuera de la cárcel. Los guardianes se dispersaron por los corredores para dormir; los niños, cansados por el llanto incesante, se calmaron; en aquel antro siniestro no se oía nada, excepto la respiración fatigosa de los enfermos, y de cuando en cuando, el leve murmullo de una oración.

Vinicio entró con el hacha en el cuarto subterráneo, mucho más reducido que los otros, y escudriñó por todas las esquinas, con el corazón palpitante. De pronto se detuvo, temblando; junto á una reja creyó reconocer la gigantesca figura de Ursus.

Apagando el hacha, se acercó y dijo:

— ¡Ursus!, ¿eres tú?

— ¿Y tú quién eres?, respondió el licio.

— ¿No me conoces?

— Has apagado la luz, ¿cómo puedo reconocerte?

En aquel instante Vinicio descubrió á Licia junto á la pared, acostada sobre un manto. Sin pronunciar palabra, se arrodilló. Entonces le reconoció Ursus.

— ¡Sea alabado el Señor!, exclamó. ¡Pero no la despiertes!

Vinicio la contempló á través de las lágrimas que velaban sus ojos. A pesar de la obscuridad, pudo distinguir aquel rostro blanco como el alabastro y sus pobres brazos demacrados. Se sintió entonces poseído de un amor, agudo como un espasmo; un amor que, sacudiendo todas sus fibras, le infundía respeto y veneración. Encorvada la cabeza, besó tímidamente el manto sobre el cual posaba su cabeza el ser á quien más amaba en el mundo.

Ursus le miró largo rato, sin proferir palabra; por fin, tirándole de la túnica, le preguntó:

— Señor, ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Quieres salvarla?

Vinicio se levantó, tratando de sobreponerse á la emoción que experimentaba.

— ¡Dime cómo!, respondió el tribuno.

— ¡Creí que habrías encontrado algún medio, señor! A mi entender, no hay más que un camino...

Y volvió el rostro hacia la reja.

— ¡Por aquí!, exclamó.

Pero añadió en seguida:

— ¡Por fuera vigilan los pretorianos!

— Cien soldados, respondió Vinicio.

— ¿De modo que no se pasa?

— ¡No!

El licio arrugó la frente y volvió á preguntar:

— ¿Cómo entraste, señor?

— Con una contraseña del inspector de las cloacas.

Repentinamente se paró, como animado por una idea.

— ¡Por el Calvario del Redentor!, exclamó. ¡Aquí me quedo! Ella, con mi contraseña, cubriéndose la cabeza con un lienzo y envolviéndose en un manto, logrará escapar. Entre los sepultureros hay algunos muchachos, así es que su figura no infundirá sospechas á los pretorianos. Y en cuanto haya llegado á casa de Petronio, se habrá salvado.

Pero el licio, moviendo tristemente la cabeza, respondió:
 - No lo consentiría, porque te ama. Además, está enferma y no puede moverse. Si tú ó Petronio no lográis libertarla de la prisión, ¿quién podrá hacerlo?

- ¡Cristo únicamente!

Ambos callaron.

«Cristo podría salvar á todos los cristianos, pensaba el licio en la simplicidad de su corazón; y puesto que no los salva, señal es de que ha sonado la hora del martirio y de la muerte.»

Se resignaba por lo que á él concernía: pero su alma se rebelaba pensando en los sufrimientos de aquella tierna criatura, crecida en sus brazos y á la que amaba más que su vida.

Vinicio volvió á arrodillarse al lado de Licia. Los rayos de la luna, penetrando á través de la reja, iluminaban con su pálida luz aquella escena. Licia abrió los ojos, y poniendo su mano febril sobre el brazo de Vinicio, dijo:

- Por fin te veo; no dudaba de que vendrías.

Vinicio, cogiendo las manos de la enferma, se las llevó á su frente y á su corazón, y atrayéndola suavemente, la estrechó entre sus brazos.

- ¡He venido, amada mía! ¡Cristo te proteja y te salve, Licia!

La voz se ahogaba en su garganta; parecía que se le saltaba el corazón del pecho, por amor ó por desesperación. No obstante, trató de dominarse y conservar una aparente calma en presencia de Licia.

- Estoy enferma, Marco, dijo ella, y debo morir aquí ó en el Anfiteatro. He orado para poderte ver una vez al menos antes de morir. ¡Y aquí te tengo! ¡Cristo escuchó mi súplica!

Sin poder articular una sola palabra, Vinicio la estrechaba contra su corazón. Ella prosiguió:

- Te vi desde la ventana del Tuliano. Vi que querías estar cerca de mí. Ahora el Señor ha permitido que volviera en mí para que podamos despedirnos. ¡Yo voy á Él, Marco; pero te amo y te amaré siempre!

Vinicio intentó dominar su emoción, haciendo un supremo esfuerzo. Con voz aparentemente tranquila respondió:

- ¡No, amada mía, no morirás! El Apóstol me mandó creer y prometió que rogaría por ti; él conoció al Redentor; el Redentor le amó y no le desoirá. Si tú hubieses de morir, Pedro no me hubiera ordenado que esperase. Y me dijo: «¡Espera!» ¡No, Licia! Cristo tendrá misericordia. No quiere tu muerte, no la permitirá. ¡Te juro, en nombre del Salvador, que Pedro intercede por ti!

Callaron. La linterna que había sobre la puerta se apagó, pero los rayos de la luna penetraban á través de la reja. En el ángulo opuesto se oían los gemidos de un niño; desde fuera llegaban las voces de los pretorianos, que después de la guardia jugaban á *scripta duodecim*.

- ¡Oh, Marco!, dijo Licia, Cristo mismo suplicó al Padre que le apartara de los labios el amargo cáliz, y sin embargo, lo bebió. El Redentor murió sobre la cruz, y miles de personas, por su amor, encuentran la muerte. ¿Por qué ha de librarme á mí sola? ¿Quién soy yo, Marco? ¡Pedro dice que también él morirá entre los mártires! Cuando fui presa por los pretorianos, temí los tormentos y la muerte; pero ahora ya no tengo miedo. ¡Mira qué horrible es esta cárcel! De aquí subiré al cielo. ¡Aquí está César; allí el Redentor, bueno y misericordioso! ¡Allí no existe la muerte! Me amas; piensa, pues, en la felicidad que allí me espera. ¡Oh Marco, piensa que allí me encontrarás!

Calló un instante para tomar aliento, y cogiendo la mano de Vinicio, la besó.

- ¡Marco!

- ¿Qué quieres, corazón mío?

- No llores por mí y no olvides que un día me encontrarás. Mi vida fué breve, pero Dios me ha dado tu alma. Yo diré á Dios que me viste morir, que has sufrido por mí, pero sin maldecir su voluntad, y que le amarás eternamente. ¿Le amarás siempre y soportarás resignado mi muerte? ¡Después Él nos reunirá! Yo te amo y deseo reunirme contigo por toda una eternidad.

No tenía fuerzas para continuar. Con voz casi imperceptible agregó:

- ¡Prométemelo, Marco!

Vinicio, echándole los brazos al cuello y temblando de emoción, exclamó:

- ¡Lo juro sobre tu santa cabeza!

Su rostro pareció irradiar á la pálida luz de la luna. Otra vez acercó á sus labios la mano del joven, murmurando:

- ¡Soy tu esposa!

En la calle, el ruido que promovían los soldados que jugaban era cada vez más estrepitoso; pero Licia y Vinicio olvidaron la cárcel, los guardias, el mundo entero. En lo íntimo de su corazón se sentían ligeros y vaporosos como los ángeles, y unidos elevaron á Dios sus plegarias.

Durante tres días, ó por mejor decir, tres noches, nada turbó su paz. Terminadas las usuales ocupaciones de la cárcel, consistentes en separar los muertos de los vivos y los enfermos graves de los restantes, cuando los guardias, rendidos, descansaban, Vinicio entraba en la prisión de Licia, permaneciendo allí hasta el alba.

Ella apoyaba la cabeza sobre el hombro del tribuno y hablaban en voz baja de su amor y de la muerte. Con el pensamiento, con la palabra, con los deseos y con las mismas esperanzas, se apartaban cada vez más de la vida, de todo lo terreno, como aquellos navegantes que, abandonando la costa, pierden de vista la playa, desapareciendo poco á poco en el infinito.

Entrambos eran dos almas fuertes y unidas por el amor de Cristo, prontas á abandonar el mundo. No obstante, de cuando en cuando, como una tormenta, levantábase el dolor en el alma de Vinicio; pero en seguida, como un vívido relámpago, la iluminaba la esperanza, apoyada por el amor y la fe en el Dios crucificado.

Por la mañana, cuando salía de la cárcel, el mundo, la ciudad, los conocidos, se le aparecían como en un sueño. Todo á sus ojos era extraño, vano, fugaz. El mismo martirio había perdido su horror, porque suponía que, en caso necesario, sabría soportarlo con recogimiento interno y con los ojos del espíritu vueltos al cielo. Les parecía á entrambos que la eternidad se preparaba á recibirlos. Hacían proyectos acerca de la vida futura y de su amor de ultratumba; y si á veces dirigían su pensamiento á la tierra, lo hacían como los que disponen los preparativos para un largo viaje. Además les rodeaba un silencio grave y solemne; su única pena era que Cristo quisiera separarlos; pero la convicción de que no lo haría aumentaba en sus almas, y le amaban como á Aquel que había de unirlos en eterna paz y felicidad.

Aunque se hallaban en la tierra, ni una huella terrena se descubría en sus corazones, que eran puros como la nieve. Rodeados de los horrores de la muerte, en medio de los sufrimientos y de las miserias, en aquel antro tenebroso, había empezado para ellos la gloria del cielo; Licia había cogido espiritualmente la mano de Vinicio, para guiarlo, como una santa, hacia la fuente de la vida.

Petronio estaba sorprendido al observar en el semblante de Vinicio una expresión de paz y de serenidad siempre creciente, que no había notado hasta entonces. A veces suponía que el joven había dado con un nuevo recurso para libertar á Licia y se resentía de que el sobrino no le confiase sus planes y sus esperanzas. Por último, no pudiendo contenerse, le dijo:

— Ahora tu mirada es muy distinta de la de antes; no tengas secretos para mí, porque quiero y puedo ayudarte. ¿Has combinado un nuevo plan?

— Sí, respondió Vinicio; pero tú no puedes ayudarme. Después de su muerte, pienso afirmar aún más mi fe cristiana y seguirla.



Las víctimas no cesaban de repetir: *Pro Christo, Pro Christo* — (Pág. 327.)

— ¿No tienes, pues, esperanza alguna?

— ¡Todo lo contrario! Cristo me la dará y yo no volveré á estar separado de ella.

Petronio recorría el atrio á grandes pasos; sobre su rostro se reflejaban la desilusión y la impaciencia.

— Para esto no necesitamos á tu Cristo...; también nuestro Tanato presta iguales servicios.

Vinicio sonrió tristemente y dijo:

— No, querido, tú no quieres comprenderme.

— No quiero y no puedo. Ahora no es ocasión de entretenernos en discursos vanos; pero recuerda lo que te dije cuando nos fué imposible libertarla del Tuliano. Yo perdí todas las esperanzas: tú, en cambio, al regresar, aseguraste que «Cristo te la devolvería.» ¡Que te la devuelva, pues! Si arrojo al mar un cáliz precioso, ninguno de nuestros dioses podrá restituírmelo; si el vuestro no es mejor, no sé yo por qué tenéis que adorarlo más que á los dioses antiguos.

— Pero Él me la devolverá.

Petronio se encogió de hombros.

— ¿Sabes, preguntó, que mañana los jardines de César serán iluminados por los cristianos?

— ¿Mañana?, repitió Vinicio.

Ante la proximidad de hecho tan espantoso, su corazón se estremeció temiendo que aquella fuese la última noche que había de pasar junto á Licia. Se despidió de Petronio, presentándose en seguida al inspector de los *puticuli* para tomar su contraseña. Pero le esperaba un desengaño; el inspector no quiso dársela.

— Perdóname, dijo; hice por ti cuanto estuvo en mi mano; pero no puedo arriesgar mi vida. Esta noche los cristianos serán conducidos á los jardines de César. Las prisiones se llenarán de soldados y empleados; si te reconocen, me perderé y perderé á mis hijos.

Vinicio comprendió que sería inútil insistir; pero confiaba en que los soldados, que le conocían, le dejarían pasar sin contraseña. Por esto al anochecer, disfrazado como de costumbre, con un lienzo alrededor de la cabeza, se dirigió á la prisión.

Aquella noche se examinaban las contraseñas con gran severidad, y para colmo de desgracias, fué descubierto por el centurión Scevino, soldado rígido y severo, devoto de César en cuerpo y alma. Pero bajo aquel pecho cubierto de férrea coraza, no se había apagado del todo el sentimiento de piedad para las desventuras ajenas. Así es que en vez de usar la lanza y llamar con esto la atención de todos sobre Vinicio, le dijo con calma:

— ¡Vete á casa, señor! ¡Te reconozco! Pero como no quiero perjudicarte, callaré. No puedo dejarte entrar; sigue tu camino y que los dioses te consuelen.

— No puedes dejarme entrar, dijo Vinicio; permíteme, al menos, que permanezca aquí para ver á los que salen de la prisión.

— A esto no se opone mi consigna, contestó Scevino.

Vinicio se quedó junto á la puerta, que se abrió á media noche. Larga fila de prisioneros, hombres, mujeres y niños, apareció entre pretorianos armados. La noche era muy clara, de modo que no sólo podían distinguirse las figuras, sino también las fisonomías de cada una de ellas. Caminaban de dos en dos, formando un cortejo triste y silencioso; la solemne calma de la noche era interrumpida solamente por el ruido de las armas. Eran tantos los prisioneros, que pudo suponerse que las cárceles habían quedado vacías. Entre los últimos de los que formaban el siniestro cortejo, Vinicio pudo distinguir claramente al médico Glauco... ¡Licia y Ursus no estaban entre las víctimas de aquel día!

LXI

Aún no había anochecido por completo, cuando las primeras olas del populacho empezaron á invadir los jardines de César. Vestidos con trajes de fiesta, coronados de flores, alegres, cantando y casi ebrios, todos esperaban con ansia el nuevo espectáculo. «*Semaxii!*, *Sarmentii!*» se gritaba en la Vía Tecta, sobre el puente Emilio, en el Trastevere, en la Vía Triumphalis, alrededor del Circo de Nerón y en las colinas vaticanas. No era la primera vez que Roma veía arder á los condenados, atados á unos postes; pero nunca habían sido las víctimas tan numerosas como aquel día.

César y Tigelino querían librarse de los cristianos, sin dejar uno, y aislar la epidemia que tomaba incremento en las prisiones. Con este objeto hicieron desocupar todos los subterráneos, quedando en ellos unos cuantos individuos destinados á los espectáculos finales.

Al entrar en los jardines, la multitud quedó asombrada; en todos los caminos, principales y secundarios, en todas las plazoletas y rotondas, entre los bosques y junto á las verjas se levantaban los palos impregnados de pez, á los cuales estaban atados los cristianos. En sitios algo más elevados, donde los árboles dejaban libre la vista, podían distinguirse filas de postes y de cuerpos humanos, coronados de hiedra y de mirto. La enorme cantidad de aquellas *plantas* monstruosas y multicolores superaba á toda expectativa; parecía que toda una nación había sido atada á los palos para recreo de Nerón y de Roma. De cuando en cuando los grupos de espectadores se paraban frente á algún palo, cuando la figura ó el sexo de la víctima llamaban la atención; miraban los rostros, las guirnaldas, y seguían su camino, preguntándose asombrados:

— ¿Es posible que hayan sido tantos los culpables? ¿Y cómo han podido incendiar Roma unos pobres niños que apenas saben andar?

Y la sorpresa se convertía en temor.

En tanto había obscurecido; en el cielo brillaban las primeras estrellas. Junto á cada víctima se colocó un esclavo con un hacha en la mano. Cuando un sonido de trompa dió la señal de principiar el espectáculo, todos los esclavos aplicaron el hacha á la base del palo. La paja, embadurnada de pez y oculta bajo flores, se prendió; en un minuto la llama quemó la hiedra, lamiendo luego los pies de la víctima. El pueblo miraba enmudecido; en el jardín resonaban gemidos desgarradores y dolorosos gritos. Algunos condenados, en cambio, levantaban los ojos al cielo y entonaban himnos de alabanza al Señor. La muchedumbre escuchaba palpitante de emoción; en los corazones más endurecidos despertaba un sentimiento de piedad, especialmente cuando las tiernas criaturas agonizantes prorrumpían en gritos de «¡Madre, madre!» Hasta los borrachos se sentían sobrecogidos viendo aquellas inocentes cabecitas en las contorsiones de la muerte y niños que perdían el sentido